



EL ESPEJO
SIN IMAGEN

MAGDALENA
CAMARGO LEMIESZEK

EL ESPEJO SIN IMAGEN

Premio Gustavo Batista Cedeño 2012

Magdalena Camargo Lemieszek

COSMOGONÍA DE LA LLUVIA

Recuerdo aquel día en el que me sorprendiste
por primera vez mirándome en el espejo
luego de andar bajo la lluvia.

Desde entonces he tomado por costumbre
visitar los cementerios por las tardes,
contemplar las estrías de maleza hinchándose sobre las lápidas,
el cráneo de porcelana resplandeciendo
tras la grieta de una tumba que ya no tiene familiares
y esos árboles enfermos de flores amarillas.

Memorizo las fechas de los que murieron demasiado pronto.

Escojo por año una estatua favorita,
aquella que se quedó sin manos luego del invierno,
o la que sigue mirando hacia el este
como si alguien estuviese cerca de volver.

Contemplo los nombres aferrados a la piedra,
tallados con la certidumbre
de que es posible cegar al olvido,
pero, ¿qué serán esos nombres dentro de cien años,
si no el alfabeto de los que no tienen rostro?

Por ello me fue dado conocer la verdad
y vi aquel ciervo blanco
pastando junto al muro del norte,
donde entierran a los recién llegados.
Sobre sus cuernos crecía una hiedra púrpura
y sus ojos eran dos guijarros de obsidiana en el fondo de un arroyo,

labrados mucho antes de que un hombre sostuviese una piedra
y la piedra conociese la ofrenda de la sangre.

El ciervo escoge a unos pocos.
Para que despierten lame sus párpados con ternura
y les conduce hasta el centro del bosque.
Les enseña a alimentarse de bayas venenosas,
el lenguaje preciso con el que las estaciones
se comunican con las cosas
y el orden con el que las semillas se dejan caer
lo suficientemente lejos.

Entonces los deja solos.
El miedo comienza
a acechar en los arbustos,
en la cúpula de los pinos la soledad es un buitre
y la sombra de sus alas extendidas es demasiado grande,
demasiado terrible.
De sus lenguas duras como el frío brota un balbuceo
que en la medida de las noches va adquiriendo forma
y antes que palabra alguna se forja una cadencia,
el primer atisbo de un llamado,
la conformación de la plegaria,
y es de esa melodía
de donde la lluvia
se desprende.

FÁBULA DEL CABALLO Y EL RÍO

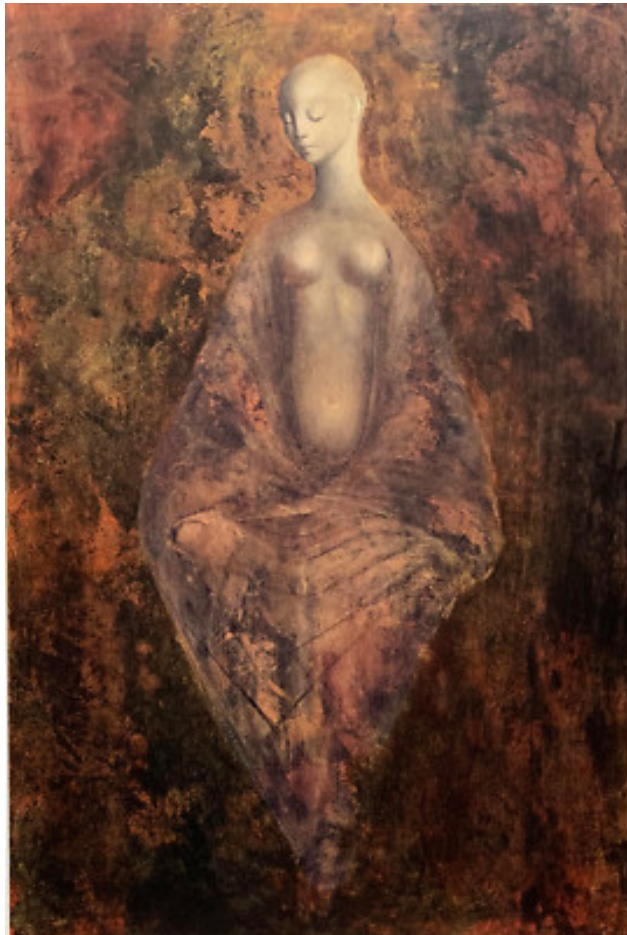
Hay un punto en la cima
donde la tierra deja de ser tierra
y empieza a ser aire.
En las ramas las hojas son pequeños sables blancos
que se deshacen o se elevan con la brisa
y los pastizales, tan altos como un hombre,
se inclinan de tal modo
que se esfuma la línea de las cañas
y un misterioso vapor asciende congregándose en la altura.
Dóciles al orden de los círculos
los cúmulos también descienden,
su resina se endurece, bronceada por el cenit,
y una isla de cipreses se conforma.
He aquí el vértice de la cordillera.
En esa cumbre de índigo un caballo tiene su primera visión del mar.
Vislumbra el borde líquido del mundo,
combado por el peso de todo dolor posible
y toda belleza posible.

Alucinado por la imagen,
el caballo alberga en su corazón la carga salobre de mil anclas.
Corre con una violencia que crece,
alimentada monstruosamente por los días.
Sin detenerse galopa hacia la costa.
Ni por un instante concibe el aliento de la pausa,
el oleaje del mar es una nueva gravedad

que en la distancia conjura todavía más poderoso su llamado.
Hasta que, en la mitad de la séptima jornada,
la luna creciente arroja de su mano la lanza del cansancio,
el filo penetra en el flanco,
cruza la angosta hendidura de la jaula
y atraviesa con precisión el centro de corinto.

El caballo, herido, se desploma.
Primero es el estruendo de los hinojos contra el polvo,
luego los cascos y los dientes ruedan
y se esculpen hasta la perfección de los guijarros.
De las órbitas brota un torrente de agua
donde la crin ondula, sembrando el curso en la corriente y su brioso influjo.
La curvatura de la grupa define los contornos del cauce,
la profundidad, el sinuoso recorrido.
Las entrañas caen y al contacto con la superficie
en peces se convierten.
Es el río que avanza ajeno a toda rienda,
su longitud trepida cuando presente la cercanía de la vera
y con el vigor que en su pecho ha sido renovado
rasga la arena de la orilla.

En un brindis aguardado durante demasiado tiempo
las aguas se encuentran la una con la otra
y el río arrobado por el ímpetu
se une de golpe
con el mar.



Leonora Fini, *Losange*

TEMPORALIDAD

El tiempo es un trapiche.
Gira ominosamente sobre nosotros
moliendo huesos,
cosas que dijimos, paisajes que ya no recordamos,
el vaso de agua junto a la cama
esperando la boca de los muertos.
Los músculos crujen como si fuesen de vidrio.
Son los taburetes del primer velorio al que asistimos,
el inacabable sermón de los domingos,
el río labrando su sinuosa noria en la distancia.
Nuestra miel no es otra cosa que algún botón que perdimos,
el primer seno desnudo
despertándose como un secreto
tras la cortina de encaje,
la rueda de la bicicleta hollando los caminos,
el perro flaco sentado junto a la puerta.

Ya solo quedan flores de bagazo abriéndose en la intemperie,
cediendo a los mordiscos del sol y de la lluvia.

Trapiche: El trapiche es un molino rudimentario con el cual se obtiene el jugo de la caña, conocido en Panamá como guarapo. El mecanismo del trapiche funciona mediante un brazo de madera, impulsado por caballos o personas, y que gira en torno a un eje donde se tritura la caña. Dicho movimiento se asemeja al de las manecillas del reloj.

Bagazo: Es un material fibroso, residuo de la caña, producto de la molienda.

PREMONICIÓN

Vendrá el día en el que lentos pasos me lleven a la niebla.
Ella habrá estado ahí, aguardándome por décadas,
liviana como la nada,
densa como un muro,
infinita.

Me recibirá sin evocar gesto alguno, sin agitarse,
y su mano de humo tomará aquello que me fuepreciado
y junto a esas cosas mis pasos también se esfumarán
hundidos en la bruma
como la piedra que penetra en el agua
incapaz de sostenerse.



Leonor Fini, *Portrait of Adriana Williams*

INSOMNIO

A veces, luego de una larga noche de insomnio, descubro que he soñado.

Recuerdo entonces una línea.

La línea podría ser una cuerda
que está sostenida en sus dos extremos por la nada,
y por eso tensa, casi hasta la ruptura.

Bien podría ser un dedo que señala el horizonte,
un dedo delgado y blanquísimo, porque no podría ser de otro modo,
y señala en la mitad del todo un lugar preciso.

Ahí, lo sé, una flor cerrada como un puño diminuto
se yergue lentamente apartando los oscuros minerales de la tierra.

Su tallo y sus raíces son un fuego verde
y no posee espinas ni hojas que alguna vez tengan que caer.

La brisa ha descendido únicamente para tocarle,
y porque hay cosas que están dadas solo para el frío
la flor se abre y de sus pétalos se derrama el agua,
hasta que los pétalos se vuelven agua
y en torno a la flor hay un mar recién creado,
un océano vacío de toda criatura

que en su extensión yace ajeno al límite trazado por las costas.

Solo entonces comprendo que llevo mucho tiempo
recorriendo aquella línea.

Tras de mí se enciende una constelación de jaspe,
y descalza, símbolo inequívoco de toda travesía,
ando en medio de la noche
sobre un cuchillo infinito.

RETRATO DE MUJER EN LA COLINA

La muerte está, siempre espera.
No necesita de viajes o búsquedas.
Ella vive en la cima de la colina,
teje suéteres con destreza, lee libros,
escucha el tocadiscos por la tarde.
Incluso, si la noche anterior las lechuzas han cazado en su jardín,
les prepara el té a las visitas.

Todos los caminos llevan a aquella colina.
Podrías detenerte, estar de pie toda tu vida,
y una mañana encontrarás que la colina está frente a ti,
magníficamente umbría y verde al mismo tiempo.
Estamos vinculados a ella desde antes que la memoria
comenzara a recolectar racimos de cristal
para construir sus nidos dentro de nosotros,
antes de que incubara sus huevecillos luminosos
y alimentara a sus hijos
y que esos hijos aprendiesen a volar
y nos atreviésemos a decir por primera vez
que somos capaces de recordar las cosas.

No tenemos otro gemelo que ella,
si fuimos separados de alguien
era ella quien estaba unida a nosotros
y era su rostro la otra cara del nuestro.
Por eso al verla reconoceremos un poco de ella en nosotros.

Y por eso, es cierto también,
algunos le temen.

CARTA AL HIJO QUE NO TENDRÉ

Querido mío, ahí vienes.

Pequeño, corriendo cuesta abajo como una liebre,
sorteando las piedras y el tronco de los árboles.

No sabes lo grande que te haces,
creces como un alud en el descenso.

El pecho te hierve de velocidad
y atrás las orquídeas florecen
porque han bebido de tu miedo.

Eres bello pues no lo sabes,
pero esta es la primera vez que rompes a correr
para salvarte.

Eres bello también, cuando lanzas de golpe el rastrillo
y riendo te sumerges en la pila de hojas secas
y recoges con ternura las lechuzas que han caído de sus nidos.

Yo te espero abajo, de pie, frente a la casa,
con el bosque de plástico preparado para el juego,
en la repisa sigue completa la caja de soldados.

Sé cuántas veces soñamos con ese mismo verde resplandor en el vacío,
mientras las máscaras de humo fueron endureciéndose año con año
y sus palabras fueron hilvanándose, cayendo como cuentas, una sobre otra.

Perdóname no haberte mostrado otro dios que la belleza,
no haberte obligado a ponerte de rodillas
para masticar sin tregua las raíces de la culpa.
Perdóname, pues la única vez que soñé contigo
te había abandonado.

Hijo, he envejecido.
Toma mi corazón disminuido por el tacto del invierno,
es pequeño como un broche
y tan liviano que es incapaz de causar daño.
Tómalo sin miedo, ya no puede herirte.
Llévalo hasta el mar y entiérralo en la arena.
Vuelve a decir en voz baja ese poema que repetimos cada noche
en lugar de las plegarias.
Entonces imagina la más poderosa de todas las metáforas,
coloca frente a ti una cuesta ominosamente pronunciada
y échate a correr
con tanta fuerza
como puedas.

PEQUEÑA OMISIÓN

La brisa empuja el fruto maduro del árbol,
pero su tacto ha sido demasiado ligero y el fruto ha caído a la sombra.
La carne con el tiempo perece y la semilla se hunde en la tierra.
Bajo la fronda de un árbol más grande, lejos del sol,
su tallo rompe el suelo y se levanta débilmente.
No lo sabe todavía, pero el joven árbol está destinado a perecer bajo la sombra.

¿Guardaré la brisa culpa alguna?



Leonor Fini, *Colloque Minérale*

PEQUEÑA TONADA NIHILISTA

Siempre dicen que el día ha de venir,
que ocultos en sus órbitas los ojos se secarán en sí mismos
y aprenderán que siempre fueron agua.

Un estanque circular que en mitad de la noche
refleja el fondo de una copa
que con misteriosa cadencia
se vierte entera para nosotros.

Una luz viscosa, apenas,
que nos permitió dar nombre a las cosas,
señalar unas por encima de otras, preferirlas, añorarlas,
colocar un rostro a aquellos que parecieron poblar,
de pie, siempre de pie, esa larga alameda,
que de pronto nos resulta demasiado larga y delgada
y quienes se vislumbran en ella son muy pocos
y sus formas son dolorosamente imprecisas.

Luz y agua, apenas,
que a estas alturas no significan nada.

EL ESPEJO SIN IMAGEN

A veces me pregunto si hay espejos
donde uno puede prender fuego a su propia imagen;
y ver la frente perlada encogerse,
los párpados desatar desinteresadamente los ojos,
el pelo iluminar la noche como un fósforo que da lumbre al cigarro,
estremecido, triste de fragilidad, por el viento.

He viajado muchos años y siento que he seguido recorriendo
el mismo camino rojo y polvoriento de mi infancia.
Nunca terminé de salir de ese sembradío inacabable
de donde las horas cuelgan
como la fruta más amarga y más prohibida.

He creído ver el cielo arder en la noche de zafra
y amanecer infestado de cenizas agitadas,
ola tras ola
de plumas negras y serpientes.

No tengo edad en esa mañana larga y angustiosa,
que ha de ser una
y muchas
al mismo tiempo.



